

LA AVENTURA ADOLESCENTE

(Síntesis)

Manfredo Teicher

En tanto momento de crisis, la adolescencia contiene un peligro. Con la ayuda de la reflexión, el peligro puede transformarse en oportunidad.

En determinado momento, un poco antes o un poco después según la historia de cada uno, la infancia se va convirtiendo en un lejano recuerdo. Ha habido cambios en el cuerpo y una aceleración del crecimiento. Algunos han superado en altura a sus padres. En la mujer, surge el vello pubiano y los pechos se desarrollan. Aparece pelo en el pecho, en los brazos y en las piernas del varón, sus músculos crecen y también una incipiente barba. En ambos sexos, el desarrollo armónico del cuerpo, según normas estéticas universales, invita a transgredir normas éticas penosamente elaboradas, internalizadas con esfuerzo y dolor. La naturaleza, que según se dice es sabia, contribuye a la aparición de un razonamiento que tiene una indudable base narcisista: si he sido favorecido (o favorecida) será por haber sido elegido el destinatario de derechos y privilegios de origen superior.

La ética critica con severidad este "pecado" de soberbia. Pero la ética es percibida como una lógica muy complicada: estos nuevos pensamientos que afloran en el adolescente le hacen creer que lo mejor no es profundizar demasiado, sino disfrutar de los favores obtenidos. Y aquel que no siente que los dioses lo hayan tocado, tendrá que hacer un doloroso duelo para convencerse de que eso carece de importancia.

Los adolescentes se enfrentan a problemáticas que los van marcando en esta fase de acelerado crecimiento. O bien disfrutan con la menor ostentación posible del reconocimiento favorable del destino, o bien elaboran rápidamente un duelo por un maltrato no merecido.

¿Cómo hacen para enfrentarse a los nuevos problemas?

Los millones de adolescentes que aparecieron en la historia humana han dado respuesta a esta pregunta.

Antes (de niño) había que hacer caso, someterse y obedecer. Ese niño ni siquiera se daba cuenta de la resignación que esto significaba. Por otra parte, la resignación no es un valor aceptado. ¿Acaso lo que se enaltece no es la libertad y la espontaneidad? Las claves para que me aceptaran eran la firmeza, la valentía, la osadía. Ahora hay que demostrar que ya sé, ya puedo, ya soy. Pero, ¿acaso quiero? ¿Y qué es lo que quiero? ¿Qué soy? ¿Quién soy?

Tener que tomar decisiones, ser responsable de mis actos, de lo que implican para el futuro. Tener hijos y una familia donde uno toma las decisiones: todo eso sería lindo, pero... ¿no es mucha responsabilidad? Las dificultades crean frustración, generan rabia y no ayudan a elegir con acierto.

La adolescencia, como vemos, es una estación de paso entre la irresponsabilidad infantil y la responsabilidad adulta.

El cambio físico que se produce, da un excitante poder. La tecnología ha creado anticonceptivos que permiten disfrutar del placer sexual sin aquellas consecuencias que hipotecan el futuro. Y detrás de ella el mensaje ideológico es que la tierra está superpoblada y no necesita más humanos. Por otro lado, la tecnología avanza demasiado rápido. La sociedad humana enfrenta problemas antes desconocidos y otros que resurgen: pobreza, globalización, desempleo, droga. Con este marco destacado por los medios de comunicación y por el ambiente que los rodea, los adolescentes no se engañan acerca de las dificultades que la realidad ofrece.

Esta realidad compleja justifica invertir más años en prepararse para asumir la responsabilidad. Es necesario ensayar, estudiar o viajar para conocer y aprender.

Si el futuro es incierto y asusta, ¿no sería mejor quedarse donde uno está y no avanzar? ¿Recuerdan "El Tambor de Hojalata"? ¿Hasta dónde se puede avanzar? ¿Hay límites éticos? De todos los caminos que hay, ¿cuál conviene seguir? Esta y muchas otras preguntas surgen en la cabeza del adolescente.

Por otra parte, en la imagen pública, esa etapa vital es envidiada y temida por los mayores, que le hacen críticas a la juventud. Si el adolescente se queda en casa, se le alienta a independizarse; si se independiza, se le reprocha su desapego.

Y el adolescente tampoco deja alternativas: si los padres protestan por la libertad que se toma, son insoportables; si no protestan y le dan mucha libertad, lo están abandonando. Parece que, en algún momento, todos hacen todo, mal. ¿Cuál es el equilibrio? ¿Cómo se lo encuentra?

Y siendo una etapa tan conflictiva, ¿por qué los adultos conservan tanta nostalgia por ella?

En Tierras extrañas

1. La aparición del adolescente

En la infancia, la escasa tolerancia a la frustración provoca reacciones poco agradables pero también inevitables: el berrinche, la rabia, una violenta furia destructiva. Poco a poco, esta reacción suele disminuir en intensidad a medida que continúa un proceso natural de maduración, lo que permite ir socializando la condición de "pequeño salvaje" e integrarse a la comunidad que lo rodea. Pero aun así, el deseo de una reacción violenta acomete sin piedad.

La adolescencia permite otro modo de descargar la tensión, gracias a la maduración de las glándulas sexuales. La descarga sexual (el orgasmo) comienza a competir con la descarga de hostilidad en cuanto a su capacidad para convertir

la tensión interior, de muy molesto displacer, en placer. La necesidad de esta nueva descarga, que recién la adolescencia hace posible, es el nuevo deseo que va a competir con el anterior para dominar a la persona.

El conflicto narcisista cambia de personajes. El deseo será la rendición incondicional de la persona deseada, disponer de ella para su propio placer. El deber, que la convivencia impone, es lograr compartir amablemente tal placer. El conflicto básico entre el deseo de dominio y el deber de compartir no ha variado, ni lo hará durante toda la vida del sujeto. Cambian los personajes y el uso que se les pretende dar, pero el **Deseo** (que incluye el desprecio) y el **Deber** (que impone el respeto) seguirán durante toda la vida luchando por el dominio de la conducta. Sobrevivir, para lo cual es imprescindible lograr un lugar en la comunidad, era la meta del niño. Esto ya no será suficiente para el adolescente. Ahora el poder reproducirse agrega nuevos problemas y necesidades a la existencia. La vida se complica, enriqueciéndose con sus oportunidades, sus tentaciones y sus peligros.

2. **Par, pareja**

La familia, incluso la reducida a una madre soltera con su bebé, o a aquellos adultos que se hacen cargo de la criatura, es un lugar imprescindible para la supervivencia humana al comienzo de la vida. La larga indefensión que impone el nacimiento necesita del adecuado continente afectivo que la familia puede ofrecer. Pero en la adolescencia este grupo de pertenencia deja su lugar de importancia para ser reemplazado por el grupo de los pares.

Los cambios que se producen en los adolescentes alientan en ellos una profunda revisión de la educación recibida. Es una etapa de educación superior donde se imprimen sólidamente los resultados de esa revisión.

La dictadura de la sexualidad impone al adolescente el deseo de contacto físico con una persona que, por variadas razones entre las que sobresale la imagen física, han estimulado en él un deseo de posesión. Este deseo incluye la ilusión de lograr una ansiada completud, que el orgasmo, por instantes, confirma. Es un deseo que aturde, excita y asusta.

3. **Víctor Victoria**

Con el tiempo, la sociedad humana ha evolucionado. Nuestra inteligencia y nuestra habilidad han logrado un extraordinario desarrollo tecnológico que ha modificado profundamente la relación con el entorno. Esto permitió una mayor longevidad y un considerable aumento demográfico, pero no ha logrado modificar nuestra naturaleza narcisista.

En la sociedad sofisticada de hoy, la fuerza física es más un estorbo que una virtud. No es necesaria más fuerza que la de un niño para movilizar grandes y pesadas maquinarias comandadas por complicadas computadoras. La cárcel y el hospital son un destino más habitual que conveniente para el uso indiscriminado de la fuerza bruta. En la lucha por el status y en la lucha por el territorio, dos aspectos de la competencia narcisista, lo que se requiere es una buena información acumulada y astucia para usarla. En ese terreno podemos aceptar una igualdad de condiciones en ambos sexos.

En cambio, las características femeninas siguen siendo imprescindibles para la reproducción de la especie. En lo que se refiere a la competencia en la pareja por ver quién tiene más derechos, debemos reconocer que la tristemente célebre envidia al pene, hoy oculta mas bien una envidia a los atributos femeninos. El varón queda bastante descolocado en cuanto a su importancia en la pareja. Esta desventaja del varón se convierte en ventaja si logra asumir la responsabilidad de velar por el bienestar de su pareja y por el status familiar.

Indudablemente, la mujer ha conquistado merecidos lugares que el hombre le había vedado. La liberación de la mujer le ha deparado grandes satisfacciones, pero también le impuso pesados deberes. Ocupar lugares importantes en el mundo es una satisfacción, pero si hay que agregar el cuidado del hogar y de los hijos, esa satisfacción es fruto de un doble esfuerzo. Ante mujeres que se lucen en todos estos frentes, la importancia del varón en la pareja pierde gran parte de su esplendor.

4. **Escenarios de la vida adolescente**

Entendemos y proponemos que la meta del adolescente es una conveniente integración en una comunidad socio-cultural. Pero tenemos en cuenta que el ambiente social al cual el adolescente debe integrarse no es ideal, lo que significa que todo entorno tiene determinados problemas que no favorecen la integración a su medio, o, peor aún, perjudican el crecimiento de la mayoría de sus integrantes. Es evidente que toda sociedad humana ofrece serios obstáculos a la realización de sus miembros. Los que lograron esa 'realización' demuestran que el ser humano es capaz de hacer el esfuerzo necesario para superar los obstáculos, aunque la competencia deje a muchos en el camino.

Cualquiera ha aprendido, antes de empezar su educación oficial, que existe una lucha de clases por la cual todos intentan lograr lugares más importantes en su comunidad y, más tarde o más temprano, también se aprende que existen marginados, los malos y los locos, que son despreciados por el resto. A este lugar marginal se llega como consecuencia de serias y reiteradas frustraciones

Las distintas etapas de la vida modifican a los personajes de un libreto que no cesa nunca: *la competencia narcisista*.

El enamoramiento mutuo es el paradigma de la felicidad. Pocas situaciones producen tal placer. Hay un reconocimiento positivo mutuo y ambos son objetos altamente significativos para el otro. La competencia narcisista toma entonces un hermoso colorido. Ambos prometen y están sinceramente convencidos de que harán todo lo posible

para que el otro sea feliz. Se intenta adivinar todo capricho del otro para satisfacerlo. Esto mantiene encendida la llama de la ilusión de lograr la completud con un otro brillantemente idealizado. Es la ilusión la que domina uno de los momentos más agradable de la vida. Podemos aceptar a partir de esto que la pretensión de que las actitudes "razonables" dominen al ser humano no es más que otra ilusión. Más aún si tenemos en cuenta que el orgasmo es un instante (y nada más que un instante) en que la sensación subjetiva de completud se ha logrado. En ese momento toda necesidad está satisfecha.

Presionado por su desarrollo biológico, el adolescente se preocupa por encontrar un objeto significativo con el cual cumplir el mandato de la naturaleza. Con cierta dificultad podrá ser "razonable", o sea, preocuparse también por los demás y por el futuro.

Pero lo que se puede llamar adolescencia social prolonga la adolescencia biológica en una sociedad cada vez más sofisticada. La formación de la familia propia se posterga a pesar que el adolescente está en condiciones de reproducirse casi cuando la adolescencia comienza. La familia de origen conserva su importancia como proveedora de vivienda, ropa y comida, si puede. En la infancia era el continente afectivo primordial, que ha ido perdiendo en importancia para dar un vuelco espectacular. Los padres dejaron de ser dioses omnipotentes que servían de modelo y guía, para convertirse en pobres mortales que deben mostrar su capacidad de tolerancia a las frustraciones de todo tipo que provoca el adolescente desafiándolos, pero también esperando que se atrevan a ponerle límites. De esa forma, encuentra un espacio adecuado para descargar la hostilidad por las frustraciones a sus deseos de libertad y de poder que se producen en otros campos de su interés. Los padres todavía le inspiran más confianza para expresar su rabia contra ellos, con cierta impunidad. Pero la meta es lograr en los grupos de pares un lugar por lo menos tan importante como el que tiene en su familia.

La fuerza grupal puede alentar una ilusión de impunidad peligrosa, y diluir en el grupo, al narcisismo infantil arrogante y prepotente. En el grupo de pertenencia se considerarán entonces "los señores", con derecho para descargar la violencia contra todo lo demás. El adolescente tiene la necesidad de refugiarse en un grupo de pares que le da la ilusión de encontrar allí la explicación y la solución de sus problemas y el lugar donde compartirlos. La angustia que sus dudas le producen, lo inclina a la impaciencia por resolverlos, lo que lo expone a adherirse muy a la ligera a la ideología del grupo de pertenencia y adoptar las costumbres que el grupo de pertenencia exige a sus miembros, del mismo modo como la sociedad en general demanda la sumisión a sus normas.

Siendo el grupo de pertenencia el ámbito donde se desarrolla la consolidación de la identidad del sujeto, la prevención debe orientarse en ese sentido: ofrecer al adolescente grupos de pertenencia "sanos" (queda abierto el debate sobre las conductas que ese adjetivo incluye y excluye). Ni la familia ni la sociedad pueden impedir la formación de grupos perversos, perjudiciales, pero ambos pueden hacer mucho en ese sentido. Ofrecer y ayudar a la formación de grupos convenientes, es la tarea profiláctica que la comunidad debería encarar. Y es una tarea bastante fácil, en teoría. Sabotea la eficacia de estos grupos la presión del narcisismo infantil, arrogante y prepotente, que prefiere luchar por un poder nunca suficiente para someter a todos los que pueda. Vencer y controlar esta presión, es la meta.

5. La adaptación a las normas sociales

El interés o el deseo por el sexo opuesto, los cambios rápidos en el crecimiento, un cuerpo que va tomando más poder, una forma más estética, son las características que presenta la adolescencia. ¿Cuál es la manera más adecuada para manejar estos ingredientes?

La homosexualidad es una de las tantas elecciones sexuales. Nadie nace ni heterosexual ni homosexual. Nuestras experiencias vitales son las que determinan la costumbre sexual que adoptaremos. El ser humano se acostumbra a una conducta así como se forma un reflejo condicionado. Lo común y lo aceptado es la heterosexualidad. Fuera de los grupos gay, la homosexualidad generalmente se rechaza y/o se reprime.

6. El suicidio, las drogas y el embarazo en la adolescencia

Hablemos ahora del suicidio. La observación más evidente es que, al suicida, vivir no le resulta fácil.

Si el sufrimiento se hace intolerable, la muerte se presenta como una salida. ¿Por qué esperar que el destino, dios, la fatalidad o lo que sea, decidan la llegada de la muerte? Este planteo debe ser parte de las elucubraciones del suicida.

La vida no es fácil. Muchas veces uno la pasa mal, aparece la angustia o dolor psíquico. Pasarla bien significa estar más tiempo con el placer y pasarla mal es tener que enfrentarse con el dolor. El dolor es parte de la vida y a menudo la hace difícil. Pero buscar las cosas fáciles hace la vida muy difícil. Es decir: buscar siempre el placer hace más plausible encontrarse con el dolor. A veces, en el momento del dolor, uno quiere dejar de sufrir y aparece el suicidio como una solución al problema.

El impulso suicida puede ser consciente o inconsciente, producido en una depresión melancólica o en una exaltación maníaca.

Es posible que detrás de una actitud maníaca, en la que el sujeto se cree que es un ser omnipotente, haya un sentimiento melancólico de que no sirve para nada. Hay una tendencia a la melancolía porque los fracasos en la competencia narcisista son mucho más probables que los éxitos. Nadie se propone ser melancólico; en cambio, la manía es una meta que todos anhelan.

La melancolía parece ser suficiente motivación para un suicidio. ¿Qué significa esto? El melancólico sufre porque todo le sale mal, nada vale la pena, tiene la convicción de que no sirve para nada, su autoestima es nula y por todo eso sufre demasiado y hace sufrir a otros. Está convencido de que otros tienen lo que él jamás va a tener. La rabia, la envidia, el miedo y la angustia son demasiado intensos. Prefiere terminar con el dolor y se convence que el suicidio es la única solución.

El caso de una adolescente embarazada puede ser también dramático, porque quizás inconscientemente quiso llegar a ese estado pensando que así iba a conquistar el mundo, pero ahora que se enfrenta con esa realidad siente que no tiene suficientes fuerzas. No puede o no quiere soportar esta situación. Si decide realizar un aborto, muchas veces por ignorancia, pone su vida en peligro.

¿Qué es lo que tiene de difícil la vida para que alguien recurra al suicidio para terminarla? La competencia narcisista social, de la que todos quieren participar, resulta muy amarga cuando se pierde y muy dulce si se gana. Tolerar la frustración que implica perder es difícil, porque el narcisismo infantil presiona para una respuesta violenta a tal afrenta. Y hay un límite en la fuerza que el aspecto "razonable" de una persona puede oponer para mantener el control y no estallar. Este umbral puede ser muy distinto de una persona a otra. Si se obedece al impulso violento, en el momento de la descarga se siente mucho placer. Pero, pasado ese instante, no se recuerda el placer porque aparece la **culpa**, un sentimiento muy desagradable.

El suicidio es una descarga violenta contra uno mismo.

Las estadísticas sobre el suicidio arrojan datos interesantes. Las franjas etarias donde se producen más suicidios es la de la gente mayor. La observación de la realidad socio-cultural del mundo actual parece dar lógica al suicidio como producto de la desesperanza y la frustración entre los más viejos. La ciencia y la tecnología aumenta cada vez más la longevidad y disminuye la mortalidad infantil, por lo que la explosión demográfica es incontenible. Pero también aumenta el rechazo a la vejez, en todo sentido.

El adolescente no puede dejar de recibir este mensaje de la cultura, aunque sea en forma subliminal, lo que aumenta los motivos de su miedo y de su rabia. Se le exige preocuparse por un futuro que la realidad le muestra sumamente difícil.

7. Peculiaridades de la competencia narcisista

Hay una situación donde la competencia consiste en dejar ganar al otro, hacerlo sentir muy importante: cuando se lo quiere seducir, conquistar o apaciguar. En ese momento, la competencia toma esa forma.

En un grupo, la competencia narcisista consiste en tratar de ser el más importante, el más inteligente, el más hermoso, el más bondadoso, el mejor en cualquier sentido, el más destacado.

Un fenómeno psicológico permite diluir el narcisismo individual en el grupo de pertenencia, continuando la competencia entre grupos, sin dejar de competir dentro del propio grupo. En una nación, en una institución o en un equipo de fútbol se está en competencia con otros grupos al tiempo que se compite dentro del propio grupo.

Debe haber niveles de solidaridad para que el grupo pueda funcionar, para que se esté en condiciones de competir con otros grupos y hasta para que se esté en condiciones de sobrevivir, pero no deja de estar presente la competencia en el mismo grupo. Esta competencia es conveniente cuando tiene que ver con quién colabora mejor con los otros, quién es más solidario, quién es mejor deportista o ciudadano, quién se integra mejor en el grupo. Como no todos pueden ser los más destacados, ¿qué hacen los rezagados con su malestar por no estar en el primer lugar? Pues eligen un chivo emisario contra quien descargar esa bronca, si no se puede canalizar esa hostilidad contra los de afuera. La hostilidad hacia adentro se intensifica si el grupo fracasa en su competencia con otros. Y disminuye si se triunfa sobre otro grupo.

8. La competencia del adolescente

¿Hay alguna característica especial en la competencia del adolescente?

Por el miedo a ser rechazado, por esa duda que todos tienen acerca de su propio valor, uno puede esmerarse más en sobresalir, en destacarse en lo que fuere. El desarrollo corporal permite competir en terrenos antes vedados.

Por la menor responsabilidad es capaz de agredir más, de meterse en situaciones que ya de adulto no encararía. El adolescente pone en juego todo el futuro que le espera y eso, según los adultos, debería producir mayor cautela. Esta es una preocupación "razonable". En cambio, el narcisismo infantil prefiere aprovechar lo que puede, ya mismo. Y el poder que encuentra en su cuerpo lo excita suficientemente como para vencer en su lucha contra la razón que prefiere "lo que me conviene" en lugar de "lo que me gusta". Privilegiar el aquí y el ahora en lugar del mañana es una característica muy común en los seres humanos. Y hoy el adolescente tiene mucho menos que perder que el adulto, si éste ya tiene una familia constituida.

Eso lo pone en peligro de caer víctima de algún fanatismo si ve la posibilidad de llamar la atención, por lo menos dentro de ese grupo.

La cuestión es poder ser importante, demostrar que uno es maravilloso, para desmentir el temor que siente uno de no ser querido.

¿Por qué es tan difícil reconocer esta competencia universal en que competimos con todo y con todos? ¿Por qué están reprimidas las ganas de ganar siempre en todo y a todos? Por otro lado: aún suponiendo que uno puede llegar a ser el más destacado ¿qué se ganaría con esto? Pero parece haber un pacto tácito universal que ordena: ¡de esto no se habla!

Se dice que Freud le comentó a Jung, recién llegado a Estados Unidos, donde lo habían recibido con mucha alegría: "¿Por qué están tan contentos si les traemos la peste?". Se refería al psicoanálisis. Si la naturaleza se tomó millones de años en formar el inconsciente, ¿por qué vienen ahora los psicoanalistas y dicen que hay que levantar la represión para saber lo que hay ahí adentro? ¿Acaso ellos lo hacen?

Competir por las buenas, implica respetar al otro y respetar las limitaciones que el otro pueda tener. Competir por las malas es admitir que cualquier arma es válida para despreciar, lastimar o destruir el narcisismo del otro. La meta es siempre poder decir: "yo tengo derechos y tú deberes". Ganar por las buenas produce la anhelada satisfacción del deber cumplido.

¿Quién no tiene ganas de pertenecer a la clase de los ricos y los famosos? La aspiración máxima es tener suficiente dinero para poder disfrutar de la maravillosa tecnología que alcanzó la especie humana, gozar de todos los placeres y ser famoso para ser reconocido —si es posible— en cualquier lugar donde se aparece. Se compite para recibir ese reconocimiento positivo, esa gratificación narcisista. Y, si es posible, como dice Hegel, el reconocimiento de todos, de toda la especie humana.

Tal vez uno se conforma con que sólo sean algunos y no todos los que están dispuestos a reconocerlo y aceptarlo. Esta situación es más notoria en el adolescente para quien el objeto significativo es el grupo de pares o el objeto seleccionado del sexo opuesto, aunque éste no dure demasiado o sea transitorio y circunstancial. Mientras dura el enamoramiento, el deseo es llamar la atención y tener el reconocimiento de ese objeto que protagoniza y provoca el enamoramiento. Durante el día, el sujeto alterna su interés en los diversos grupos en los que actúa: la familia, los grupos estudiantiles, deportivos, amigos, vecinos y tantos más.

Otro síntoma relacionado con la competencia es perder el apetito cuidando la figura corporal, elemento imprescindible en el ideal de estos tiempos. O bien, tener un apetito voraz. La comida da un placer tan intenso que se la ingiere para consolarse. Los placeres fáciles ayudan a aturdirse y a olvidar la competencia narcisista. La comida proporciona tanto placer como la droga y, como todo placer, puede convertirse fácilmente en adicción.

9. Caminos de dolor

La **melancolía** lleva a ocultarse de un mundo cruel; el melancólico espera sin embargo que lo vayan a buscar. El cuerpo pesa una tonelada si hay que sacarlo de la cama y hacerlo caminar por las calles. No hay ilusiones positivas. Uno está convencido de que no puede ganar. Está seguro de que va a perder, a hacer papelones y lo único que queda es envidiar a los otros. Aunque quisiera matarse, generalmente no se atreve; pero espera un milagro para poder salir de eso, y quizá no sea una mala idea dejarse llevar y esperar.

La melancolía es muy penosa, paraliza al sujeto y lo llena de odio que se presenta en su forma más dolorosa, la envidia.

La **excitación maníaca** es mucho más agradable porque uno cree que se puede llevar el mundo por delante, se tiene una confianza absoluta en cualquier propósito. Esto conlleva sus peligros: si con la confianza en salir adelante el sujeto se pone impaciente, las cosas pueden salir muy mal. Pero es mucho más placentera la excitación maníaca que el pozo melancólico.

El **esquizofrénico** está aislado de la gente y de la realidad. No intenta comunicarse con los demás, se muestra indiferente a la competencia. Sin embargo, está bien metido en ella, aunque intenta convencerse de que no le interesa. Sus triunfos los vive en sueños fantásticos de su mundo interior, delirios que pueden convertirse en crueles pesadillas. Comunica con su conducta extravagante que está muy por encima de los demás. No es raro que posea una brillante inteligencia.

El **paranoico** se pelea con todos y se siente perseguido por fantásticas confabulaciones. Está muy preocupado por reivindicar un lugar que le corresponde y que le niegan o le quitaron. Seguro de merecer mucho más de lo que recibe.

Llegamos a la **neurosis** cuando la comunicación presenta un grado menor de alteración. La neurosis es lo mejor que nos puede pasar. Nos sometemos a las normas de la sociedad y nos interesa portarnos bien para ser aceptados por la comunidad. Somos neuróticos por el fastidio que nos da tener que someternos a normas, tener que portarnos bien. Esa bronca hace que se estereotipen algunas conductas, en vez de tener una personalidad más flexible.

Se sostiene que la **normalidad** sería la actitud adecuada a la que cada situación reclama. En alguna medida somos todos neuróticos.

La **ciclotimia**, que consiste en la oscilación entre un ánimo optimista y uno pesimista, es totalmente normal y universal. Lo que se modifica en la patología es la intensidad y la duración de estos estados de ánimo.

10. Mujer y hombre

Por el aspecto físico es fácil distinguir los sexos en la especie humana. También son conocidas las diferencias fisiológicas que determinan la diferencia anatómica. En cambio, permanece en el campo de la especulación hipotética la influencia que estas diferencias provocan en el campo psicológico.

El narcisismo, que me atrevo a plantear como perteneciente (sin exclusividad) a la naturaleza humana, es una fuerza motivada genéticamente. Ahora bien, ¿se presenta distinto en la mujer que en el hombre? ¿De qué manera influye la diferencia sexual anatómica en esa pulsión? En ambos sexos se presenta el narcisismo infantil con su intolerancia a la frustración, y el narcisismo maduro dispuesto a tolerar niveles de frustración; y también el eterno conflicto entre ambos.

Si en el ser humano en general ya es difícil separar naturaleza de cultura, más complicado es pretender aislar una naturaleza femenina de otra masculina.

El escritor austríaco Stefan Zweig comparó a la mente humana con un iceberg, en el cual la parte visible que sobresale de la línea de flotación sería nuestra parte consciente (socialmente adaptada) y la parte sumergida, nuestro inconsciente (el narcisismo infantil) desconocido para su dueño. Es la masa sumergida la que marca el rumbo en la ética del iceberg. El sujeto entiende que todos deberían estar incondicionalmente a su disposición y esta aspiración es idéntica en los dos sexos.

El Adolescente y su Crisis de Identidad

1. Concepto de identidad

El camino que conduce a la identidad está fuertemente coloreado por la necesidad que tenemos de ser valorados, por lo menos, dentro de un grupo, por algunos otros semejantes. Para ello hay que mostrarse, ofrecerse al juicio de tales personas. Por lo que tomamos en cuenta sus expectativas, lo que ellos consideran valioso e importante. Del mismo modo cobra valor mi juicio para aquél que me ha convertido en su objeto significativo. Tanto en mi juicio como en el de los otros, se hace un balance de los distintos elementos de la identidad.

Muchos están convencidos de que no dependen del juicio de los otros, ya que tienen suficiente criterio para una conveniente autocrítica y, por tanto, no les interesa el juicio de los demás. Se olvidan de que esa autocrítica interna la realiza el Superyó, formado durante la socialización del sujeto, y que, consecuentemente, es el representante de aquellos que en esa época eran los adultos más importantes para el sujeto, posiblemente los padres. O sea que siguen dependiendo del juicio ya internalizado de sus padres; en eso consiste su supuesta independencia de juicio.

En la competencia narcisista, un juego del que nadie quiere quedar al margen y en el que se pretende obtener como premio la valoración de los demás, intervienen todos los elementos que dan al sujeto su filiación a tales o cuales grupos de pertenencia.

2. Los elementos de la identidad

Muchas veces se dice que la adolescencia es la etapa en la que termina de formarse la identidad, del mismo modo que suele insistirse sobre la pérdida de identidad en un psicótico. No creo que se pueda perder una identidad ni que el adolescente termine de formar la suya. Se puede decir que es un momento de la vida donde la identidad sufre importantes cambios. Se tiene una identidad desde que se nace. Ésta evoluciona, puede cambiar y no termina nunca de formarse.

Para poder entender este concepto, separemos los distintos elementos que componen la identidad. Los elementos biológicos y genéticos del padre y de la madre, combinados, dan ciertas características a esa identidad. La raza y el sexo son los dos más importantes. La raza incluye el color de la piel, que puede ser muy variada; el sexo sólo ofrece dos opciones. Después del nacimiento, vienen los elementos culturales que se adquieren con el ser humano ya inmerso en la sociedad. Tal es el caso de la religión. Es extraño que una criatura al nacer no sea incluida en algún círculo o comunidad religiosa. Se nace en una familia que ocupa un lugar en la escala social. Por otro lado, en seguida se adquiere una nacionalidad, según la región geográfica en que le tocó nacer. Los avatares políticos y bélicos han modificado las fronteras con frecuencia y, como consecuencia, la nacionalidad de las personas. No cabe duda que tal o cual azaroso comienzo condiciona el camino por venir.

En la adolescencia comienzan a formarse otros elementos culturales de la identidad. Algunos relacionados con el futuro económico. A pesar de las dificultades, en la mayoría de las sociedades actuales es posible acceder a una profesión o desarrollar la habilidad y la inteligencia en el comercio, la industria y en empresas de servicios; se puede llegar a ser un científico, un deportista o un artista de cualquier disciplina. Si luego se consolida esta adquisición como para destacarse en su ejercicio, es posible mejorar el status social, o por lo menos, mantenerse.

Vale decir que en la adolescencia se pueden agregar más elementos a la identidad. Los elementos biológicos que vienen incorporados desde el nacimiento no pueden perderse. Es cierto que la tecnología permite hoy cambios aparentes en el sexo y algunos no cejan en sus esfuerzos por mutar el color de su piel. Aun así, no es habitual apelar a estas facilidades tecnológicas, por lo general muy costosas. Por tanto, lo corriente es que los elementos innatos permanezcan durante toda la vida inmutables.

A medida que la sociedad se hace más sofisticada, a medida que la calidad de vida mejora casi sin retrocesos —por lo menos para una parte de la población del mundo— a medida que la educación de cada sujeto exige más años de escolaridad y que la expectativa de vida crece hasta superar los setenta años y la proporción de jóvenes en el total de la

sociedad disminuye notoriamente, la adolescencia se ha ido alargando y se asume la condición de adulto cada vez con más años de edad. Ser adulto implica independizarse de los padres y formar la propia familia; o, al menos, tenerlo como proyecto.

3. Formando el carácter.

Una forma de hablar y de escuchar, de vestirse y de adornarse, hábitos de lectura, de bebida y de comida, etc, etc, etc, que pueden adquirirse mediante la imitación de los objetos significativos del sujeto. Desde la infancia, esos objetos significativos son los adultos cuya importancia radica en el hecho de que pueden guiar y proteger, lo que los convierte en imprescindibles para sobrevivir en la sociedad. En la realidad, el niño no puede arreglarse solo. Entonces parece lógico que trate de imitarlos para agrandar y seducir a esos mismos objetos y para recibir el apoyo que necesita. Pero también los imita porque trata de alcanzar el mismo poder que el niño nota en los adultos. El poder con el que se desenvuelven en su relación con un mundo que lo fascina y lo asusta, ese modelo de interacción es el que desea adquirir para ser autónomo y liberarse de su dependencia. En este proceso imitatorio consiste la identificación que realiza el pequeño; es su aprendizaje.

El adolescente es como un inmigrante que llega a una tierra nueva donde ya no se siente tan protegido como en el refugio de su familia. La tierra nueva es el grupo de los pares dentro de la cual trata de conseguir un lugar de cierta importancia. Es entonces que la identidad adquirida puede ser útil o representar un obstáculo.

Una crisis de la identidad se presenta en muchos momentos de la vida. Este concepto es más acertado que el de pérdida de identidad. Las presiones internas y externas pueden modificar al carácter y a los aspectos culturales de la identidad.

4. La crisis de identidad en el adolescente

Esta crisis surge por los cambios corporales, que motivan a su vez el cambio de los objetos significativos de la infancia por otros; al igual que cambia el tipo de reconocimiento que espera de esas personas, dentro de las cuales está el objeto seleccionado del sexo opuesto. El deseo de ser reconocido positivamente (que ahora será principalmente ser deseado como objeto sexual por la persona que ha despertado ese deseo) lo lleva inevitablemente a una competencia que incluye el miedo a fracasar. El deseo de triunfar en la búsqueda del reconocimiento conlleva el temor al fracaso, que puede ser tan intenso como para que el adolescente intente refugiarse en un mundo de fantasía, donde puede encontrarse más gratificado que en la realidad, de la que intenta alejarse.

La educación previa es muy importante. Es lamentable que haya tantas dificultades y prejuicios para impartir una educación sexual adecuada. Pero el placer relacionado con el sexo es tan intenso que este hecho de por sí justifica los prejuicios que lo rodean de tanto misterio. Dejaría de serlo si la razón se hiciese cargo de su dominio.

El óvulo queda en las trompas esperando la llegada de los espermatozoides y hay un solo óvulo por mes. En cambio, los ciento cincuenta millones de espermatozoides que hay en cada eyaculación son muy ágiles para ir al encuentro del óvulo, pero sólo con uno se produce la fecundación.

Muchas preguntas surgen a partir de este extraño acontecimiento. ¿Tiene repercusión psicológica? ¿Ha influido en la cultura? ¿Qué tiene que ver con la cultura machista, falocéntrica? ¿Cómo ha sido moldeado el varón domado? Son preguntas cuyas respuestas no pasan de lo especulativo. También, nos lleva a otro tipo de preguntas. ¿Cuál es la naturaleza femenina? ¿Cuál es la naturaleza masculina? ¿Qué pasa con el vínculo entre ambas?

5. Los movimientos de la crisis

Conocida por todos los adolescentes y sus familias, esta crisis es semejante a la crisis del inmigrante que adquirió una identidad para ser aceptado en su ambiente socio-cultural y, por alguna circunstancia, debe cambiar ese ámbito por otro distinto. El adolescente tiene la ventaja de ir conociendo de a poco lo que le espera. El inmigrante puede chocar violentamente con aspectos desconocidos hasta ayer. La capacidad de adaptación del ser humano disminuye a medida que aumentan su edad y la atadura a los intereses a los que se encuentra ligado. La familia, que para el adolescente puede ser un apoyo, puede resultar una pesada responsabilidad para el inmigrante.

El niño (o la niña) ha conocido la dependencia y el desamparo que implican necesitar el reconocimiento positivo de los adultos para sobrevivir. Es una frustración que aprende a tolerar y a convertir en goce. Se esfuerza para que, por ejemplo, mamá le demuestre a través de su alegría y de su dolor lo valioso que es para ella. Lo comprueba con el apoyo incondicional que recibe en algún momento: ella sufre cuando se pone mal y se pone contenta cuando hace algo importante. Esta gratificación narcisista le da ganas de vivir.

Sin embargo, la frustración por la dependencia y el deseo de que otro dependa de uno implica poder someter y manipular al otro; marca el ritmo de los vínculos humanos.

El dependiente debe someterse a los caprichos del que depende. El que tiene poder logra que otro dependa de él, según la importancia de ese poder. Por ello es conveniente tener mucho poder, aunque nunca será suficiente. Por eso todos compiten con todos, constantemente, para ver quién tiene u obtiene más poder.

La lucha por el poder es inherente a la naturaleza de las relaciones humanas.

Pero de eso no se debe hablar, entonces la gente miente mucho. A veces es fácil mentir. Otras, muy difícil. De todos modos, la mentira es útil y conveniente.

En la escuela se practica la lucha por el poder que ya antes se aprendió, agregando alguna técnica que modula en forma muy sofisticada a la competencia narcisista. Este esquema acompaña toda la vida de una persona. Los que cambian durante la vida serán los objetos significativos de los que se depende y a los que se quiere conquistar. Con suficiente poder estos objetos significativos dependerán de uno, de lo contrario, uno dependerá de ellos.

6. Identidad y reproducción

La sociedad le exige al sujeto que demuestre que es una persona inteligente y hábil para ocupar un lugar de cierta importancia en la comunidad. Es el mismo reconocimiento que el propio sujeto busca. Conseguir ese lugar no es fácil. La competencia social y el desarrollo de la inteligencia o de la capacidad para el desempeño de una profesión o de una habilidad artística o deportiva, implican un esfuerzo sostenido durante muchos años, que tal vez se vea coronado por el éxito. No depara un placer inmediato. En nada es comparable con el placer sexual ni con las posibilidades de la propia fantasía.

En las circunstancias actuales en que se encuentra el mundo, la mayoría de la gente no logra alcanzar una profesión o una habilidad que le permita encontrar un lugar reconocido en la sociedad de acuerdo con las pautas que ésta maneja y exige. Pensemos en África, Asia, América Latina, las zonas marginadas del primer mundo. No nos quedemos con la engañosa perspectiva que puede darnos el éxito de una pequeña minoría. Las dificultades para integrarse son muchísimas. La adolescencia quiere disfrutar de lo que ha logrado: un cambio en el cuerpo que permite el placer del sexo. Lo otro, prepararse para una profesión, un oficio, una disciplina artística, o para cualquier trabajo que la sociedad recomienda, va a ser encarado con conocimiento de las dificultades que hay que vencer. Lo que vino gratis, sin esfuerzo, como una contribución graciosa de la naturaleza, es ese nuevo cuerpo con el que se encuentra el adolescente. Por el miedo al futuro, el adolescente puede recurrir a caminos de difícil retorno con el alcohol y las drogas, adicciones de alto riesgo.

Toda crisis puede ayudar a un sujeto a crecer, pero también puede confundirlo en un caos.

La inteligencia humana ha podido desarrollar la ciencia y la tecnología hasta alcanzar cosas maravillosas. Ha logrado dominar la naturaleza, en algún sentido. La naturaleza ha impuesto a los seres humanos la tarea de reproducirse y por ello los premia con el placer sexual. Freud dice que el ser humano lleva una doble vida, una como fin en sí mismo y otra como eslabón de la cadena del plasma germinativo. A veces lleva a cabo esta última tarea en contra de su voluntad, recibiendo a cambio una prima de placer.

Pero no existe una prima de placer tal, que haga que la gente conviva amablemente. La ingeniería social deja mucho que desear. En el caso de la pareja, ¿es posible mejorar su funcionamiento? Es un problema que se plantea al adolescente cuando está por salir de su familia original y por entrar en un nuevo rol social. Este pasaje es similar a un nuevo nacimiento, con una puerta virtual en lugar del canal del parto.

7. El problema económico

El adolescente quisiera tener la libertad, la autonomía o el poder del adulto, pero sin tener que asumir sus responsabilidades. La responsabilidad corre paralela con la independencia económica. Al formar su propia familia, la responsabilidad se extiende a la educación y al cuidado de los hijos, asuntos que no resultan fáciles de encarar. ¿Hay una tendencia más natural en la mujer para hacerse cargo de los niños? ¿O esto es una consecuencia de la cultura falocéntrica que impuso a la mujer? ¿Cómo influyen las diferencias fisiológicas y biológicas que existen entre el varón y la mujer? Por ejemplo, el hombre puede embarazar a diez mujeres por día, mientras que una mujer puede quedar embarazada sólo una vez cada nueve meses. Quizás es esto lo que hace tan marcada la diferencia entre ambos sexos. La cultura impone al varón ocuparse del status familiar, presionando para asumir una responsabilidad para la que naturalmente nadie está preparado. En cambio, el embarazo y la lactancia, exclusividad femenina, son elementos biológicos tan importantes hoy como hace milenios.

El dinero es un símbolo de la valoración social, que todos pretenden. El dinero permite adquirir las cosas que le interesan al sujeto. Tanto objetos para satisfacer necesidades individuales como las demandas de una familia, sea para formarla o para mantenerla. Pero obtener ese premio por actividades socialmente aceptadas y valoradas no es tarea simple en la sociedad humana.

8. El grupo de pertenencia

Como adolescente necesita ampliar su horizonte. Los grupos de pertenencia son otros, son los pares que se independizan de la familia y que enfrentan a la sociedad buscando un lugar en ella. El adolescente tantea dentro del grupo o de los grupos; continuando la competencia, lucha por obtener un lugar, para llamar la atención. La meta próxima es ser importante, valorado. Muchas veces depende del grupo de pertenencia que integre, porque no siempre tiene la facultad de elegir el grupo más adecuado, sea porque no existe tal grupo en su medio o porque no lo aceptan.

La situación puede ser dramática cuando el adolescente cae en un grupo que puede influir sobre él en forma negativa: una secta religiosa, un grupo de delincuentes, un grupo de drogadictos o de terroristas con orientación política extrema. En la competencia por ser más importante que los otros y más valorado por los otros, debe asumir la ideología del grupo y mostrar que es su defensor más fanático y más intransigente. Llamará la atención como valiente, temerario, capaz de utilizar su inteligencia o habilidad para defender los intereses del grupo, y esto no siempre se compadece con

su propia conveniencia. La necesidad de sobresalir y el miedo a ser marginado lo pueden cegar o fascinar hasta hacerle perder la perspectiva general.

La presión social que influye en la identidad y en las actitudes de las personas se debe, justamente, a esa necesidad narcisista de ser aceptado y valorado por el grupo, por el objeto significativo —que puede ser el mismo grupo de pertenencia o la sociedad en su conjunto. El niño es aceptado por la mamá simplemente porque es el hijo de mamá. Con el paso del tiempo, la mamá ya no se conforma con que su hijo (o hija) meramente exista, sino que le reclama otras gratificaciones como que la haga sentir contenta y feliz con determinadas conductas. Exige del pequeño hijo, en forma creciente, diversas demostraciones de sometimiento. Se suma el papá, que también pretende que el niño sea más amable con él. Poco a poco, el infante debe demostrarle al resto de la gente su inteligencia y su habilidad, como para que su familia esté orgullosa de él.

La Adolescencia, un Cambio de Imagen.

1. Un cuerpo que cambia

Se produce una constante oscilación entre una especie de manía, la fantasía de que uno es divino y omnipotente y la melancolía, cuando uno se siente un objeto inútil y descartable. No es posible evitar el resultado incierto por más que se desea la certeza. Este conflicto continúa toda la vida, aun cuando sus elementos pueden tomar diversas dimensiones en los distintos seres humanos. Pero hay determinadas etapas de la vida humana en que ciertos elementos toman dimensiones llamativas, universalmente semejantes.

A determinada edad, el cuerpo al que es imprescindible adaptarse, cambia bruscamente. Ha ido creciendo desde el principio, pero no tanto. Ahora alcanza y hasta puede sobrepasar al de los padres en tamaño. Por lo menos, iguala ya el de muchos adultos. Y determinadas señales hacen su aparición. El deseo sexual adquiere inusitada fuerza en un cuerpo que ha cambiado de tamaño y de forma. La división de los humanos en su género, femenino y masculino, resalta ahora sobre cualquier otra característica.

2. Mensajes que cambian

La inteligencia y la intuición señalan que la comunicación que se recibe de los adultos también cambia. El joven ha aprendido a distinguir el respeto del desprecio, y la importancia de esa diferencia. Ahora descubre que aparece algo más que el respeto a los mayores. Y muchos esperan de ella (o de él) algo más que el respeto. Para algunos es un rival peligroso. Para otros, un cuerpo con el que se desea mantener un inquietante contacto. Él (o ella) también siente eso hacia otros. Los del mismo sexo tienden a ser rivales. Los del otro género tienden a estimular el deseo de poseerlos.

Los amigos (o las amigas) se inclinan a ser rivales en una extraña competencia, ya que también se necesita el vínculo de la amistad. El amigo es a veces más amigo que rival. En otras ocasiones es al revés. Con frecuencia se dan las dos cosas por igual.

3. La diferencia sexual anatómica y los mandatos culturales

Puede ser distinto el futuro que le espera al adolescente varón que a la mujer. Las aspiraciones narcisistas de ser valorados por los objetos significativos (una fórmula universal que la naturaleza se encargó de imponer) tienen distintos caminos posibles para uno u otro sexo.

Es el cuerpo y la configuración anatómica la que determina las diversas orientaciones culturales que van a influir en el adolescente. Y como la cultura no permanece inmutable, la confusión por las múltiples posibilidades que se diseminan con rapidez inaudita, toman desprevenidos a los actores del drama. No hay un libreto único, claro y simple, para encarar el ahora y el mañana. En cuanto uno cree haber aprendido las respuestas, le cambiaron las preguntas.

La fuerza del hombre ya no le es útil como antaño, en cambio los atributos femeninos no han perdido su valor, a pesar de los intentos que la tecnología realiza con pasión. La competencia narcisista, deporte en el que todos se desesperan por intervenir, requiere la astucia como herramienta principal. Y esa cualidad que ni siquiera es bien vista por la ética, no tiene nada que ver con la fuerza muscular, que parece más bien sabotear el desarrollo de aquélla. Los pobres incautos que sueñan con usar la fuerza para alcanzar los privilegios que la sociedad otorga a los que triunfan, por ejemplo en el box, se convierten fácilmente en tristes huéspedes de los establecimientos psiquiátricos.

El adolescente espera encarar con éxito el desafío que la cultura le plantea. A pesar de importantes cambios en la historia, continúan vigentes en forma manifiesta o latente, los antiguos mandatos: para el varón, el problema económico; para la mujer, embarazarse y criar a los chicos. Con un análisis muy ligero puede aparecer más fácil y agradable la tarea encomendada a la mujer. Pero sería muy ingenuo vislumbrar hoy un destino más simple para uno de los sexos.

4. La sexualidad

La inteligencia humana ha sabido separar el placer que permite la sexualidad de la función de reproducción de la especie. Esto fomenta el ejercicio de la sexualidad como remedio contra las frustraciones.

Por otra parte, la relación compartida es la ideal, pero no es fácil conseguirla. Existe una competencia entre el placer de una relación sexual compartida y el placer de una descarga de furia destructiva. Los dos son placeres

intensísimos y ambos descargan la agresividad acumulada. La agresividad es una energía que también se puede utilizar para que un sujeto aprenda a integrarse más, tratando de controlarse a sí mismo para evitar esa descarga en forma violenta.

El objeto significativo no es siempre el objeto deseado del sexo opuesto. El grupo de pares, el grupo social en el que la persona quiere competir y ganar un lugar, es también un objeto altamente significativo. La necesidad narcisista básica del sujeto es ser aceptado por el objeto significativo —una persona determinada, el grupo o la comunidad en que se mueve— y la sexualidad puede ser un bálsamo para realizar mejor esta integración. Aunque la descarga de la rabia en el orgasmo compartido, en el momento adecuado, no es tan fácil de obtener. En cambio, poder descargar la furia destructiva es posible en cualquier momento y lugar. Esta competencia en la que gana por lejos la furia destructiva es uno de los problemas más importantes de la convivencia social.

5. Cambio de actores

El objeto significativo cambia. No es el mismo para un niño que para un adolescente. Los objetos significativos del infante son los padres o algún sustituto, a los que debe conquistar para que se ocupen de él y le ayuden a sobrevivir. También están los compañeros de juego, que compiten con mayor o menor agresividad, según el grado de socialización adquirido, para ver quién domina al otro; y los maestros, la autoridad en ese universo transicional que es la escuela.

El adolescente, por la fascinación que despierta en los adultos, siente que ha accedido a un peligroso poder que lo encandila. El objeto significativo, en primer lugar, es el sexo opuesto, idealizado y temido.

La adolescencia es una etapa cuya duración está determinada por acontecimientos fisiológicos: comienza con la aparición de la menstruación y de las poluciones nocturnas y termina con la osificación de los cartílagos de conjunción. Hay diferencias de género: las niñas se desarrollan un par de años antes que los varones. Y puede haber variaciones individuales. Pero es el desarrollo de la cultura social humana el que prolonga cada vez más el período en que el adolescente se debe preparar para estar en condiciones de convertirse en padre o madre, o sea, en individuo adulto. Se puede hablar de una adolescencia fisiológica y de otra social, determinadas por grandes variaciones históricas. Romeo y Julieta tenían quince y trece años. Una mujer añosa a principios del siglo XX tenía veinte años. Hoy tiene alrededor de cuarenta, con diferencias según las clases sociales. Las clases bajas forman su pareja y se reproducen antes que las clases altas.

Indudablemente, no es el adolescente el que se autolimita a gusto, en lo que se refiere a la reproducción. Es la comunidad la que se lo impone. El adolescente encararía la reproducción con mucho entusiasmo, si no tuviese que hacerse cargo de los problemas que la acompañan. Y a veces la encara sin tomar en cuenta sus limitaciones para asumir tal responsabilidad. Encarar la responsabilidad de la pareja y más aún la de una familia implica un gasto grande de energía, tiempo y dinero.

6. Grupo de pares y objeto sexual

Una estética eficaz es capaz de transgredir el dominio que una escala de valores consensuada e impuesta, ejerce sobre las reacciones de un sujeto. Si se lo propone, el movimiento sensual de un cuerpo joven y armonioso puede romper los diques morales de cualquier persona. Tarde o temprano, en condiciones adecuadas, no hay defensa que resista. En esa situación, el ser humano es esclavo de su naturaleza.

Durante la adolescencia se producen tres cambios importantes:

- Un cambio hormonal que conduce a un cambio corporal.
- La impresión que la imagen corporal produce en otros.
- La aparición esporádica de una tensión interna que demanda su descarga en la unión sexual con un semejante.

La fascinación que el propio cuerpo produce en otros, otorga un poder inquietante, porque es un poder limitado por el miedo. Hasta entonces, el reconocimiento del grupo familiar, imprescindible para la supervivencia, imponía la ética consensuada por ese grupo. Ahora esos valores tambalean. Logran sobrevivir con la introducción de variantes —licencias transgresoras— que contemplan los nuevos cambios y que compiten, por la dirección de la conducta del adolescente, con los valores consensuados de los grupos de pertenencia —de pares— que él pueda integrar.

Todas las crisis vitales imponen la misma revisión de un eterno conflicto: el deseo de someter al objeto significativo y el deber de respetarlo, por más que las metas cambien. El cambio de objeto significativo (que para el adolescente es el sexo opuesto en primer lugar) y del modo como se desea ser reconocido (ser elegido como objeto sexual) es lo que provoca la crisis.

7. Elección del destinatario del deseo.

Alguien ha dado la categoría de objeto significativo a otro. La importancia que tiene ese otro a partir de ese instante lo coloca en un lugar privilegiado dentro del círculo narcisista del sujeto que ha hecho esa elección. Es el sujeto el que espera ahora un reconocimiento positivo del objeto elegido. El deseo del sujeto es lograr ser por lo menos tan importante para el otro como ese otro lo es para él. Y, de ser posible, superarlo. Una competencia universal de la que nadie logra escapar. Esto implica el deseo de seducir a esa persona tan importante por las buenas o por las malas. O sea,

no interesa el cómo, lo que interesa es el resultado: la conquista. Así se forman las parejas, las amistades, los grupos de pertenencia.

El objeto significativo es útil en la infancia porque él es el que brinda la ayuda que permite sobrevivir. En la adolescencia se agrega la necesidad de reproducirse, que la tecnología permite limitar a la necesidad del contacto sexual con la persona elegida.

En la adolescencia, el objeto que despierta el interés del sujeto es tanto el del sexo opuesto como el de los pares, por la imagen que conforma la edad, junto a la armonía de las formas.

8. Vicisitudes del deseo sexual

Todas las culturas humanas normatizan de alguna manera la relación sexual de sus miembros. El impulso sexual que aparece espontáneamente y que termina su desarrollo en la pubertad no puede ser ejercido según el capricho del dueño de un cuerpo deseante. Y esto sucede en varios sentidos.

La cultura machista impuso el diagnóstico de ninfómana a la muchacha que diese demasiada libertad a sus deseos sexuales. Y, como contrapartida, el rótulo de débil, incapaz e impotente, al varón que no está siempre dispuesto para el acto sexual; la novia debía llegar virgen al matrimonio, el hombre debía haber tenido suficiente experiencia previa.

El miedo que siembra el fantasma del SIDA es muy débil en los adolescentes. Aunque las cifras de muerte por su causa sea menor que por otras causas, el SIDA mata, y configura un problema social más grave que el que provocó en su momento la sífilis. Por más que la probabilidad sea escasa, la persona que contrae la enfermedad padece consecuencias dramáticas. Esto debería producir la suficiente alarma como para tomar las precauciones necesarias. Pero la excitación que produce el deseo sexual dificulta o anula la fuerza de voluntad que requiere usar el profiláctico. El riesgo de un embarazo no deseado es un problema que expone más a la mujer, pero el SIDA es un problema que atañe a todos.

El Niño, el Adolescente, el Adulto

1. Responsabilidad e irresponsabilidad

¿Qué significa ser responsable?

Ser responsable significa respetar a los otros, a sí mismo y preocuparse por el futuro. Cumplir con los deberes que un sujeto tiene por el lugar que ocupa en sus grupos de pertenencia y en la sociedad. Implica rendir cuentas de sus actos que son juzgados por otros semejantes. Lo contrario es el capricho: ¡Hago lo que hago porque sí, porque se me antoja!

Es un trabajo difícil en muchas circunstancias. Por varias razones: porque uno no tiene ganas de rendir cuenta de sus actos a nadie; porque está resentido por cualquier motivo, con las personas cercanas; o porque es más placentero (en el instante del exabrupto) descargar el enojo, que obedecer la ley civil y moral que exige respetar y no despreciar. Después, uno se puede arrepentir, sentir culpa, pero eso será después. Después también se podrán encontrar los argumentos que justifiquen la acción, puesto que no existe ninguna ley clara respecto a los derechos y los deberes que debemos asumir. Esto equivale a la ambigüedad entre lo que está bien y lo que está mal.

Asumir la responsabilidad para con uno mismo tampoco es tarea sencilla. Nadie está exento de algún vicio (placentero en el momento pero dañino después) de mayor o menor importancia. El cigarrillo, el alcohol y las drogas son los ejemplos típicos.

A pesar de que cumplir con el deber produce una agradable sensación de bienestar o de alivio, este es un trabajo que la mayoría de las veces no está bien retribuido. Lo que uno espera por este esfuerzo es el reconocimiento de los objetos significativos, lo que abarca un abanico social muy amplio, cambiante de un momento a otro. El objeto significativo puede ser la pareja, el amigo, el colega, el grupo de pertenencia, la sociedad, etcétera. Y es conveniente tener confianza en que el trabajo de asumir la responsabilidad, dará el resultado esperado. La satisfacción del deber cumplido es un premio del Superyo y es una sensación muy agradable. Pero este premio interno debe ser confirmado, con el reconocimiento externo de un objeto significativo.

No cabe duda que la responsabilidad está íntimamente relacionada con la sublimación y la irresponsabilidad con la perversión.

Hay una notoria diferencia entre la irresponsabilidad que se le permite al niño y la responsabilidad que se le exige al adulto. El adolescente está en una etapa intermedia. El niño no es responsable ante los demás. El adulto, por el contrario, es responsable ante su familia, sus padres, sus amigos, sus vecinos, sus grupos de pertenencia. Y por si fuera poco, cada vez se le exige más. Al niño no se le exige nada cuando nace, basta con que esté sano, pero lentamente se le impone una responsabilidad que crece según las circunstancias. Los derechos del niño son máximos y los deberes mínimos. Esto evoluciona para llegar a que los deberes de la persona madura aumentan mientras disminuyen sus derechos. Todo depende del poder adquirido: así se justifica la lucha por un poder nunca suficiente.

Una cosa es que se le exija responsabilidad y otra que el sujeto la asuma. Asumir responsabilidades tiene mucho de agradable en tanto satisface su narcisismo si lo premian, pero es frustrante si la cosa sale mal y no recibe ninguna recompensa. El paso de la irresponsabilidad a la responsabilidad, de la niñez a la adultez, es el escalón al que la persona

se enfrenta principalmente en la adolescencia. En ese período, su comportamiento, su carácter, se va consolidando: se hace responsable o sigue siendo irresponsable. Aquí no hay nada definitivo. Un niño de diez años puede hacerse sumamente responsable por circunstancias que le toca vivir. El adolescente puede acrecentar o abandonar la poca responsabilidad asumida y volver a la irresponsabilidad. También el adulto puede retroceder hacia la irresponsabilidad, o asumir la responsabilidad en diferentes momentos.

2. Sumiso y dominante

Si al niño se le exige ser sumiso, acata los mandatos por miedo y de ese modo sobrevive. La sumisión del niño tiene que ver con el Deber. Si no obedece, puede hacerse daño a sí mismo y a otros, por ejemplo, a los hermanos menores. Al adulto se le exige tener autoridad e imponerla a terceros, dominar a los que están bajo su mando, para bien y para mal. Esta sumisión es la contrapartida del deseo narcisista natural de dominar a los demás para poder usarlos. Aquí también las situaciones individuales, familiares y grupales tienen grandes variaciones. Dominar para ayudar es muy diferente que dominar para satisfacer el narcisismo perverso, que pretende abusar de todos.

3. Juego y trabajo

El niño se dedica a jugar. Es una forma de desarrollar sus habilidades y de practicar la competencia narcisista. Por este último motivo, siempre quiere ganar. El juego está relacionado con la irresponsabilidad y tiene más que ver con el deseo que con el deber. El juego pasa a ser un trabajo cuando se convierte en la exigencia de ganar dinero y estudiar. Ya no siempre se lo hace con alegría, en realidad, pocas veces y pocas personas logran que su trabajo, exigido, sea gratificante. El juego significa estar libremente motivado, poder integrarse con otros en forma placentera y que la motivación esté en la tarea misma. El trabajo, por el contrario, exige integrarse con otros, se esté motivado o no. Es un esfuerzo que se debe realizar sí o sí. La motivación surge más por la retribución, que debido a la tarea en sí.

Asumir la responsabilidad es un esfuerzo cuya motivación surge del Superyo. El trabajo tiene que ver con el Deber. El adolescente, en la encrucijada entre el Deseo y el Deber, se ve obligado a dirimir su camino.

4. Series complementarias

Las series complementarias son dos. La primera es la disposicional, que comienza con un factor congénito: aquello que el sujeto hereda a través de los genes. Es un factor importante y todavía bastante misterioso, aunque la tecnología está cerca de develar este misterio. Hay causas genéticas que hacen imposible que el embarazo llegue a buen término. Hay deformaciones y enfermedades serias que tienen causas genéticas.

La forma de nacer y los primeros momentos del recién nacido también son importantes. No sabemos bien todavía en qué medida eso afecta a la personalidad futura y a la formación del carácter. Los genes pueden producir un embrión humano que soporte las frustraciones mejor que otro. Eso incide en la vida posterior. La tolerancia o intolerancia a la frustración es fundamental para la vida social. De la mayor o menor tolerancia a la frustración depende el camino de la salud y el de la enfermedad.

Las series complementarias son una fórmula muy exacta para saber por qué un sujeto tiene determinada conducta. Tiene el enorme inconveniente de que es imposible conocer todos estos elementos en detalle. Todo lo demás son especulaciones teóricas. Las series complementarias también lo son. Por ello, es muy arriesgado acentuar cualquiera de los componentes contenidos en las series complementarias para determinar el resultado.

La responsabilidad o la irresponsabilidad, el juego o el trabajo, la sumisión o el autoritarismo, quedan determinadas por las series complementarias, que en última instancia son la historia del sujeto más el bagaje genético. El común denominador de las series complementarias de toda la especie, sería lo que podemos llamar la naturaleza humana o la esencia del ser humano. Y toda inferencia deberá ser hecha a partir de los resultados, con el riesgo propio de toda conjetura de este tipo. Acercarse al conocimiento de la naturaleza humana es imprescindible para contestarnos las preguntas de las que hablamos más arriba: ¿qué soy?, ¿quién eres?.

El mismo niño que sufrió una rígida imposición familiar se transforma en un adolescente que se rebela contra ella, porque se da cuenta de que dentro de la rigidez familiar no ha de llegar muy lejos. Otro puede someterse más a ella, si el afuera lo asusta demasiado. Un tercero puede buscar en el grupo de pertenencia la ideología que le dé seguridad. Y da lo mismo, a veces, que sea de derecha o de izquierda. No siempre el adolescente está en condiciones de elegir el grupo de pertenencia al que quiere integrarse.

5. La integración en la sociedad

El avance tecnológico que impulsa a la sociedad a un desarrollo cada vez más sofisticado justifica que la integración sea bastante difícil. Somos demasiados, hay una sobrecarga de datos a la hora de decidir y es muy difícil manejar toda esa información. Se depende más del azar para tomar decisiones que de un proceso de razonamiento. En todo caso, la decisión está influida por una elaboración inconsciente, una intuición que funciona mucho más rápido pero sin garantías de que sea mejor que la conciencia, pues ésta razona y toma en cuenta lentamente los elementos variados y complejos que se le presentan.

6. Fantasía y realidad, presente y futuro

Dentro de las diferencias entre el niño y el adulto, debemos colocar el manejo de la fantasía y de la realidad. En el niño predomina más la fantasía que la realidad, o como mínimo el niño aspira a que sea así. En cambio, el adulto acepta el dominio de la realidad sobre la fantasía. Por lo menos, así debería ser.

Del mismo modo, la preocupación por el presente predomina en el niño. El adulto está más preocupado por el futuro.

7. La vocación: se hace, no se nace

Creo que la vocación es un producto desarrollado por determinadas series complementarias, o sea, por una historia, mas corta o mas larga. Todo ser humano tiene la capacidad de desplegar habilidades artísticas y deportivas. Se puede desarrollar mejor una habilidad en un momento que en otro, así como a alguien le resulta más fácil una actividad y a otro una diferente. En todos los casos, es posible incentivar el desarrollo de las habilidades con una enseñanza adecuada y con entrenamiento. La perseverancia y la tenacidad pueden ayudar y hacer maravillas por encima de la predisposición inicial.

8. Otras influencias culturales

En todas las culturas existen estratos sociales, pactos de silencio, y discursos que alientan todo tipo de ilusiones. Las religiones y los nacionalismos son parte de ese discurso.

Dentro de las influencias culturales, debemos determinar cuál es la clase social a la que pertenece el sujeto, pero es atinado observar que nunca es posible precisar con exactitud los límites entre las diferentes categorías.

9. La tolerancia a la frustración

La ansiedad y la agresividad tienen sus lados positivos. Cierta monto de agresividad es imprescindible para salir de la cama cualquier mañana. El miedo demasiado intenso hace que el sujeto se esconda bajo las sábanas; pero únicamente por miedo un sujeto se socializa. Montos muy grandes de miedo o de ansiedad paralizan al sujeto en su conducta motora y en su capacidad de pensar. La agresividad es imprescindible para la vida social. Se convierte en hostilidad cuando la intención es dañar o destruir cualquier objeto, sea animado o inanimado. En cuanto a la relación con los demás, la hostilidad comienza con el desprecio hacia el otro.

El adolescente está aprendiendo a manejar situaciones que son nuevas para él (su nuevo esquema corporal, la menarca, las poluciones nocturnas, las relaciones erotizadas con el sexo opuesto, los deseos y los miedos que esto produce, los cambios en sus vínculos sociales) y es conveniente que pueda hacer esa experiencia de un modo favorable. Por eso hace falta un ámbito —uno o varios grupos de pertenencia— donde el desarrollo del adolescente se dé en forma saludable, donde los nuevos valores mantengan cierto respeto a los valores de la infancia. En esos grupos se halla todavía la familia en un lugar muy importante, aunque no ocupe ya el primer lugar.

Familia y Sociedad

1. Adaptación del adolescente, problemas para los padres

La socialización del pequeño salvaje que uno es al nacer ha sido sometido a alguna normatización cultural. Pero en la adolescencia, la relación con la sociedad se modifica. El adolescente sale de su familia originaria para encontrar un lugar en la sociedad y formar su propia familia. El apoyo de su familia de origen le es de suma utilidad, pero su excitación y su miedo son tales, que no es sencillo, ni aceptar ni brindar ese apoyo. El miedo natural que le produce la vida social está cerca de la frustración que genera rabia. La rabia se descarga contra lo que más necesita: la familia que le ofrece ese apoyo. Esto es lógico, porque el lugar que era su baluarte tolera sus desbordes pero su familia ya no puede satisfacer todas sus necesidades.

La desorientación del adolescente se contagia a los padres, que tampoco tienen claro como proceder. La relación asimétrica donde los padres sabían y bastaba con hacerles caso aparece ahora como una relación simétrica donde todos están angustiados y ya nadie está seguro. Y eso irá progresando a medida que la sociedad humana sea más grande y más sofisticada.

Los padres tienen miedo de que el hijo adolescente sea atrapado por ideologías extrañas o vicios peligrosos de los que será difícil salir. Las buenas intenciones aumentarán la angustia, porque el problema es serio. Todo continente tiene sus límites, que el adolescente necesita pero no acepta con agrado. La puesta de límites es un arte, no una ciencia. Hay límites que ahogan y la falta de límites puede conducir, en el otro extremo, a la locura.

La relación del adolescente con sus padres no puede dejar de ser conflictiva. Si le dan demasiada libertad, siente que lo abandonan, no lo quieren. Si le exigen demasiado, siente que no lo dejan vivir. Por otro lado, si sale demasiado, es peligroso: ¿en qué compañías andará? Si se queda demasiado en casa, ¿estará enfermo? Todos buscan y anhelan un equilibrio que nadie sabe con certeza donde está.

2. La relación entre padres e hijos

Los hijos constatan que sus progenitores no están en las mejores condiciones de ayudarlos en esas decisiones, y que los elementos que se generan en la evolución de la sociedad, por ejemplo la tecnología, superan la capacidad o el conocimiento de sus mayores, por lo que se sienten más aislados y a la vez frustrados por los padres que en un tiempo

reciente habían sido vistos, por ellos mismos, como dioses que los protegían de todo. Antes de la adolescencia, ya en la escuela, los hijos se dan cuenta de que pueden aprender hasta con lo que ven en la televisión además de lo que les pueden enseñar en la casa. Notan, además, la desorientación y la confusión en que están sus padres, que tratan de aferrarse a algo sólido, que no siempre encuentran soluciones y certezas aunque simulan haberlas alcanzado.

3. Conflictos inter-generacionales

En los conflictos inter-generacionales, muchas veces se espera y hasta se les exige a los padres que den libertad a sus hijos para elegir el tipo de vida que prefieran para ser felices. Es una pretensión desmesurada. No se puede olvidar que todo ser humano se reproduce para gratificar su narcisismo. Tiene hijos, se preocupa por ellos, los educa, los mantiene, un trabajo muy difícil, esperando un premio por esa tarea. Esto no tiene nada que ver con la libertad de sus descendientes para elegir un camino propio. Los padres imponen a sus hijos su propia tradición. Es una forma de exigir la sumisión como premio narcisista por el esfuerzo que hacen de ser buenos padres. Al mismo tiempo que rinden un homenaje a sus propios padres.

Los conflictos inter-generacionales son inevitables y el adolescente, por su cambio corporal, se opone a la autoridad de los padres en una forma más intensa que la realizada cuando niño. El abuso de autoridad de los padres lo exacerba tanto como cuando evitan enfrentarlo. Estos conflictos se convierten en batallas campales más o menos duras pero, en alguna medida, están siempre presentes. En casos extremos puede haber lesiones físicas o psíquicas en cualquiera de los que intervienen.

4. Dependencia y competencia social

La división de una sociedad en clases separa a sus miembros entre los que tienen derechos y aquellos que tienen deberes y están obligados a someterse al abuso del poder. Así, los respectivos miembros de las clases sociales conforman grupos de pertenencia. Gran parte de los esfuerzos y de la vida de una persona está dedicada a intentar subir de status o, por lo menos, de mantenerse en el que tiene. Es una guerra donde todos luchan contra todos.

El destino juega a los dados, pero el premio o el castigo lo dictamina la organización social de la especie, que ilustra dramáticamente lo absurdo de los discursos que se refieren a un cálido e ingenuo concepto universal de justicia social.

5. Los atajos perversos

En la pobreza extrema, posiblemente el odio en forma de envidia puede transformarse en desesperanza al no poder convertirlo en acción. La religión, al fomentar la ilusión del más allá y de una vida mejor, puede servir de eficaz barrera. Pero, indudablemente, el sujeto está sediento de ideologías que permitan, justifiquen y sean la excusa de la descarga en la acción. El odio fácilmente vence al miedo en estas condiciones y lo transforma en una audacia que puede no tener límites. La droga también es un existente, con sus conocidos riesgos, que puede servir de escape para no tener que pensar en tan adversa realidad.

Muchas veces se mezclan estos ingredientes, transgresión y droga, en grupos de pertenencia con alguna ideología de supuestas reivindicaciones que jamás se concretan, donde los miembros se otorgan mutuamente un reconocimiento que la sociedad les niega. Esto da lugar a acciones que son llamadas inhumanas. Pero recordemos que únicamente los seres humanos pueden producir algo como el Holocausto. La crisis de la adolescencia es una etapa suficientemente riesgosa, que pone a prueba la personalidad construida previamente e impone exigencias tales, que no debería extrañar que el mismo resultado anterior no necesitara la excusa de la envidia a los económicamente privilegiados. El contacto con las ideologías extremas puede producir menos angustia que el contacto con el sexo opuesto. Algunas ideologías pueden servir a su vez de defensa y entonces el adolescente puede refugiarse en un ascetismo religioso por ejemplo, para vencer su miedo al sexo opuesto.

La ley, como toda educación, no se puede imponer sin premios y castigos. Únicamente el miedo frena la tentación de robar, violar, matar. Sin embargo, la presión del odio producido por la frustración puede arrollar ese miedo y liberar a la criatura prepotente y soberbia, que no confía en promesas demagógicas. Se pierde así el control sobre el inconsciente. La pobreza es un reconocimiento negativo, el desprecio que la sociedad impone a muchos de sus miembros, otra frustración que alimenta al odio y favorece la instalación de un modelo de identificación muy tentador y peligroso: el de la riqueza obtenida por medios ilegales o transgresivos de la ley.

Pero cualquier adolescente está expuesto, por la crisis de valores que la edad le impone, al modelo que pueda encontrar a su alrededor, sea el que fuere.

6. Un lugar para la utopía

Si quisiéramos ser honestos deberíamos preparar a la juventud para la batalla de todos los días. Si las diferencias son inevitables, ¿de qué lado quiere uno estar? ¿Dónde ubicar a sus hijos? Esta es una verdad de entrecasa. Y es una verdad que la cultura debería proclamar.

7. La familia, esa vieja institución

Siendo el animal más indefenso al nacer, la criatura humana necesita el cuidado, la protección y los aportes nutricios de una madre o una sustituta (que hoy puede ser un varón) por mucho más tiempo que el habitual en otras especies. Como la atención de la cría demanda mucho tiempo y nuestra sociedad es cada vez más sofisticada, requiere

de sus miembros también mayor tiempo para lograr un lugar valorado por la comunidad; un lugar al que todos quieren llegar. Es lógico que la institución familiar esté expuesta a inevitables crisis que la cuestionan e intentan cambiar su estructura. El deseo de los padres de trascender a través de los hijos entra en conflicto con el deseo de ocupar por sí mismos un lugar destacado en la sociedad. La competencia no cesa en la relación con los hijos. La envidia a la juventud, inevitable pero fácil de negar, compete con el anhelo de que ellos obtengan un lugar destacado en la sociedad y compensen así los propios fracasos.

Un poderoso instinto de conservación de la especie motiva la reproducción: la existencia de los hijos es una de las gratificaciones narcisistas más importantes de la existencia, elemento fundamental de la "realización personal". Señalemos de paso que el instinto de conservación de la especie se limita a lograr la reproducción, sin preocuparse en absoluto por la que ya existe: los vecinos y los demás.

La mujer continúa siendo la única que está preparada para dar forma y vida a un hijo, y si ella también se hace cargo de la economía del hogar a través de alguna actividad que la tradición imponía al varón, éste tendrá serias dificultades para mantener su autoestima en la batalla de los sexos. La mujer llega ahora también a los mismos puestos que el varón, aún en la guerra. La tecnología lo hace posible. Esto lleva al aumento de las patologías masculinas, frente a la exuberante presencia de la histeria, que a principios de siglo llevó a Freud a desarrollar el psicoanálisis.

La criatura humana necesita del cuidado de algún adulto por muchos años; los padres no se conforman con un solo hijo aunque la explosión demográfica ha reducido notablemente la cantidad de hijos que una familia desea tener espontáneamente. La nueva criatura pronto se encuentra con hermanos y es muy conveniente ocuparse de la crianza entre varios miembros. La crianza incluye una serie de elementos que determina, aunque no de manera unívoca ni invariable, las posibilidades futuras del nuevo miembro de la familia. Estos argumentos alcanzan para justificar el hecho de que sea la familia, en las distintas formas que pueda presentar, el grupo de pertenencia básico del ser humano.

Es el azar el que decide el comienzo de lo que los psicoanalistas llamamos series complementarias. El azar marca el dramático inicio de la historia individual. Esta génesis tiene por una parte elementos biológicos, ya que la genética determina las enfermedades hereditarias, el sexo, el color de la piel, etcétera. Por otra parte encontramos los elementos culturales, creados durante la historia humana: la clase social, los valores o prejuicios con que se enfrenta una competencia social que va a durar toda la vida. Estos valores están determinados por el lugar y el momento histórico, y son también azarosos.

Por las fuertes tensiones que impone al psiquismo humano, mucho más débil y frágil de lo que se cree, no debería resultar extraño que la familia presente entre sus productos la enfermedad mental, sea individual o colectiva. Es imposible evitar que el bien comparta su lugar en la realidad con el mal. Solamente la fantasía intenta romper este equilibrio. Pero el azar determina en gran parte el destino de un sujeto y puede inclinar a una persona hacia uno u otro lado.

8. Nueva familia y responsabilidad económica

Hay tres objetos significativos reales de los que depende la autoestima, la confianza, la seguridad y, por lo tanto, la salud mental del adolescente: la familia primaria, el grupo de pares y el objeto seleccionado del sexo opuesto.

La importancia relativa y absoluta que estos objetos adquieren en cada caso particular puede sufrir grandes variaciones. Pero esta clasificación queda justificada estadísticamente y permite encarar un estudio sistematizado de la problemática del adolescente.

Posiblemente, el objeto seleccionado para satisfacer la necesidad sexual es el menos importante de los tres, pese a ser depositario de la ilusión de objeto mágico, o precisamente por serlo. Una vez formalizada la pareja, la dependencia mutua se intensifica, pero, si la pareja se deshace, el otro puede perder su valor significativo.

La competencia narcisista es una lucha por el poder. Se busca el poder para conquistar y garantizarse un lugar en el mundo: primero en la familia, luego en el grupo de pares y por último en la comunidad. Es un desafío que apasiona aunque puede resultar dramático si fracasa.

9. EL niño dependiente y el adulto autónomo

Un niño de menos de tres años, si está solo en la sociedad, se muere, no puede arreglarse por las suyas. Generalmente, sus padres o tutores se ocupan de él. El niño muy pequeño depende de la buena voluntad de los adultos. Las motivaciones narcisistas de los padres impulsan a hacerse cargo de sus hijos y, quizá también, de otros niños, por la indefensión y debilidad de éstos. La gratificación narcisista que la existencia de los hijos depara a los padres, otorga a los hijos un poder sobre ellos, del que también pueden llegar a abusar. Pero aún en tales casos, el niño sigue siendo dependiente.

El adolescente es más autónomo y tiene capacidad biológica como para reproducirse. La sociedad actual, en general, no se lo permite hasta no consolidar su autonomía económica como muestra de madurez social. Hasta la ley exige el consentimiento de los padres para las uniones en matrimonio de adolescentes. La capacidad de reproducirse existe, pero la sociedad vela para que los adolescentes no la utilicen.

El adolescente ya no depende afectivamente de los padres tanto como en la niñez. El grado de autonomía en este aspecto depende del tipo de familia y del nivel socio-cultural. Sentirse contenido y reconocido por la familia que le dió

origen empieza a perder importancia en beneficio de los grupos de pares. Llamamos dependencia afectiva a esto que se traslada de la familia a los pares, donde la persona encontrará al objeto seleccionado del sexo opuesto. Sin embargo es posible que, por un tiempo, los padres compartan con los pares de los adolescentes esa dependencia. La dependencia de los adolescentes en las clases altas y medias permanece igual respecto a la dependencia económica: la familia se hace cargo de pagar sus estudios, de su cuidado y su manutención hasta que resuelve empezar a trabajar.

10. Una patota adolescente

En toda la vida, de lo que se trata es de llamar la atención. En la infancia se hacía con mucho miedo porque había que mirar desde abajo a los que se quería atraer —padres, hermanos, vecinos. Cuando se llega a la adolescencia, el desarrollo corporal modifica la perspectiva, pero no se sabe bien qué hacer, ni cómo hacerlo.

El adolescente tiene miedo de entrar al mundo de los adultos. Debe reunir condiciones que le permitan el ingreso y la aceptación de los otros. La patota busca un atajo. "Estamos acá. No hay necesidad de tanto esfuerzo para sentirnos importantes". Llamar la atención por las buenas requiere de mucho trabajo. Entonces se elige llamar la atención por las malas, que es más excitante, más peligroso. Riesgo, excitación, peligro y aventura son caracteres presentes permanentemente en la vida.

Tiempos Violentos

1. El caldo de cultivo social

"La habilidad y la inteligencia humanas ofrecen, a través de una tecnología que enorgullece a la especie, salud, educación, diversión y felicidad a todo aquél que sea suficientemente capaz para pagarlo. Y las oportunidades para conseguir el dinero para ese fin son muchísimas. Demuestre que tiene coraje y habilidad. ¡Demuestre que puede!. Si no lo logra, ¡consiga un pañuelo y lllore!

"¿Que las oportunidades no son las mismas para todos? ¿Quién habló de justicia? No somos todos iguales, ni queremos serlo. El 'sálvese quién pueda y cómo pueda', triunfa por amplio margen. La libertad, la igualdad y la fraternidad son hermosos emblemas del arte y de la ilusión de que la ética terminaría por imponerse."

"Hay libertad, sí, de hacer ciertas cosas que se nos antojan, si somos lo suficientemente astutos.

2. Deseo y Deber

Con la introducción de la mentira en el discurso, que habitualmente llamamos hipocresía, para con los demás y para consigo mismo, se formó y se sigue formando el inconsciente del sujeto. Un convidado de piedra que inadvertidamente marca el rumbo de la conducta. Es decir: no sabemos y muchas veces ni queremos saber, por qué hacemos lo que hacemos. La hipocresía es inevitable. Y hay un pacto tácito de ocultar, en lo posible, toda esta forma de proceder. No es elegante y puede ser hasta peligroso denunciar este pacto. De eso no se habla.

En tanto, la criatura prepotente e intolerante que fuimos en la lejana infancia, se oculta en el inconsciente cubierta por un barniz social que la cubre e intenta mantenerla bajo control. Este aspecto maduro de la personalidad (el barniz social) está dispuesto a respetar al otro —o por lo menos a algunos— a tolerar la frustración, a sublimar, a ser solidario. Esto nos mantiene en un inevitable conflicto durante toda la existencia. Pero la ética del iceberg es irrefutable: un deseo imposible no cesa en sus pretensiones de poder.

Es el miedo el que permite y convence a la criatura para que se someta a la ley social. Y es el poder (definido por los valores del consenso) el que supera al miedo y vence a los controles que una convivencia amable requiere.

La psiquis humana está compuesta por un inconsciente eficaz que alberga a la criatura indómita, y una parte madura que lo recubre y que llega hasta negar la existencia de un enano fascista imposible de eliminar. Las dos partes también luchan por un poder que consiste, en términos psicológicos, en lograr el control de la conducta. La violencia de la criatura, como respuesta a la frustración, produce el miedo de la parte madura, que está dispuesta a tolerar la frustración, a portarse bien. Este conflicto permanece vigente durante toda la vida.

3. La violencia

La presión del narcisismo perverso, sea para someter a los otros o para destruir al mundo, por las frustraciones que impone al sujeto— es de tal intensidad, que se impone alguna vía para descargar la tensión.

Si la realidad insiste en situaciones frustrantes, será cada vez más difícil frenar los impulsos hostiles. Recurrir al alcohol o a drogas, para aturdirse y no pensar en esa realidad dolorosa, no hace más que facilitar más descontrol.

Dentro del grupo, siempre se puede fabricar un chivo emisario contra el cual se descarga la hostilidad. Pero un curioso mecanismo psicológico pone un dramático acento en la convivencia social: "debo reprimir a la criatura caprichosa (oculta en mi inconsciente) dentro del grupo, para ser aceptado y para que el grupo pueda sobrevivir. Está bien. Pero, como mal menor, voy a recuperar el poder y los derechos especiales para mi grupo de pertenencia." Esa será la revancha. Y el beneficio secundario es el poder grupal que intimida más que el sujeto aislado.

El narcisismo individual queda disuelto en el grupo de pertenencia. Entonces, habrá solidaridad entre nosotros, los especiales y ellos, los otros, los desgraciados de turno, no merecen la menor consideración. Para los nazis el chivo

emisario fue la comunidad judía; para una patota de adolescentes iracundos puede ser cualquier objeto, o toda la sociedad. Los argumentos que la inteligencia humana se enorgullece en producir serán los justificativos para que la violencia descargada contra ellos sea absolutamente racional.

Este es el fenómeno social que Freud llamó “narcisismo de las diferencias”.

Hacia una Adaptación Activa del Adolescente

El adolescente se encuentra ante una encrucijada. Disfrutar al máximo las posibilidades del momento o trabajar con ahínco para un futuro incierto.

¿Cómo lograr un adecuado equilibrio y en qué consiste éste?

El cambio corporal, un logro que la naturaleza se encarga de producir, implica alcanzar una imagen física que impacta de tal modo al entorno, que la gratificación resultante aturde por su fuerza.

De ser una molesta e indefensa criatura se pasa a ser un personaje buscado, valorizado y deseado. Las miradas de los otros ya no transmiten fastidio mezclado con una forzada tolerancia a su presencia. Puede que los mayores aún intenten demostrar su mayor experiencia (inteligencia, astucia y sabiduría) con lo cual comienzan a defenderse del cambio que la vida les impone sin piedad: el futuro, tan anhelado, es patrimonio de la juventud.

Pero, en lugar de aceptar una guía muchas veces imprescindible para la vida cotidiana, el adolescente cuestiona tal pretensión de los mayores. Y no le faltan razones. Indudablemente se sentirá mejor y más seguro si su cuestionamiento es rebatido con argumentos y modelos convincentes y no por la autoridad impuesta con amenazas. Así intenta desprenderse de un vínculo que hasta ayer le era imprescindible y que en muchos momentos de su vida buscará en vano. Pero los medios introducen serios inconvenientes en el diálogo necesario y conveniente entre las generaciones. Un problema muy delicado, porque la pérdida de la autoridad de los mayores puede ser erróneamente justificada por los resultados dramáticos que la cultura humana ofrece: el fracaso de la utopía socialista, al que sigue una globalización que desprecia al individuo y privilegia al capital, con el incremento de la pobreza y del abismo que los separa de los ricos; el desastre ecológico y el fascinante poder de las armas destructivas, donde sobresale la imagen del ‘hongo atómico’ frente a las dramáticas imágenes de las víctimas y la devastación que estas armas producen. A esto se agrega la enorme cantidad de información que los medios brindan, donde se mezclan excelentes lecciones científicas con burdos intentos, nada inocentes ni inofensivos, para que la gente piense lo menos posible.

No hay duda que ningún adulto posee toda la información que los medios ofrecen y que el bombardeo de tanta información ya resulta imposible de procesar. Antes, cuando la cultura humana estaba en sus comienzos, no había suficiente información; luego era difícil el acceso a la misma, reservada a una elite que impedía cualquier cuestionamiento a sus ‘verdades’. Hoy, el exceso de datos al alcance de la mayoría, agrega otro elemento a las dificultades por obtener un lugar digno en la sociedad. La posmodernidad todo lo cuestiona. El mayo y junio francés reclamaba en el 68: ‘la imaginación al poder’, ‘no sabemos lo que queremos, pero lo queremos ya’. Por todo ello el adolescente se encuentra a la deriva en un mar sumamente embravecido, donde necesita una guía conveniente.

Es la intuición que la experiencia desarrolla, la que es patrimonio únicamente de los que tuvieron la experiencia; ‘el diablo sabe por diablo, pero más sabe por viejo’. Convertirse en adulto, sólo requiere el paso del tiempo, pero disfrutar de la vida de adulto con un lugar respetado en la comunidad es mucho más difícil de lograr.

Entonces, ¿no es mejor aprovechar el momento al máximo y disfrutar del placer sexual que la naturaleza y la tecnología colocan al alcance del adolescente sin mucho trabajo? Y, como la promiscuidad no llena todas las expectativas de felicidad, agregar el alcohol, o las drogas que prometen un placer inmediato y seguro; o la excitación del delito. O sea, buscar lo fácil; el placer, ya.

Y, si además el logro de una adultez digna y agradable es tan difícil ¿no sería mejor abrir esta puerta en lugar del esfuerzo constante y sostenido para alcanzar una adultez más agradable y conveniente, en un saludable entorno? Además, si el mañana se presenta tan incierto, ¿no es preferible ocuparse del mañana cuando llegue y vivir hoy?

Difícil, no es imposible.

Nadie se acuerda del duro camino recorrido.

El adolescente es un sujeto que adquirió autonomía principalmente por dos detalles ‘insignificantes’: puede caminar para desplazarse en su entorno; y puede hablar para comunicarse con sus semejantes.

Pero no nació con esas cualidades. Al nacer era un ser indefenso que dependía de la buena voluntad de algunos mayores para sobrevivir.

Observen una criatura. Noten los enormes esfuerzos que hace para aprender a caminar y a hablar. Nadie lo recuerda como para contarlos. La angustia que hay que soportar cuando por primera vez uno se encuentra parado: desamparado, sin otro sostén que dos pies sumamente torpes. ¿Cuánto habrá durado esa experiencia? ¿segundos? ¿Cuántas veces nos caímos y nos volvimos a levantar? Y enseguida había que levantar un pie y quedarse por un

pequeño instante parado sobre uno sólo. Sin la fuerza de voluntad constante, perseverante, para alcanzar la meta de la deambulación, nadie hubiese aprendido a caminar.

Y después, o al mismo tiempo, aprender a hablar. Convertir los sonidos en palabras, ¿cuánto tiempo demandó? ¿Alguien recuerda la desesperación y la rabia por no ser entendido?

Observen cómo el ser humano aprende a caminar y a hablar y verán lo que el esfuerzo constante y perseverante es capaz de lograr.

Observen los primeros pasos de una criatura, escuchen sus primeros balbuceos y verán que lo que hemos aprendido no ha sido nada sencillo. La facilidad con que después caminamos y hablamos nos hace olvidar del esfuerzo que tal hazaña demandó.

Pues bien, si seríamos capaces de aplicar el mismo esfuerzo para desarrollar otras habilidades que todos los seres humanos tenemos, todos podríamos llegar a ser buenos deportistas, científicos, técnicos y/o artistas. Sin convertirnos en celebridades, la vida es mucho más agradable con el desarrollo y el uso de las habilidades que la naturaleza humana permite.

Esto no es fácil. Pero, buscando lo fácil, la vida se hace muy difícil. En cambio, acostumbrándose a lo difícil, la vida puede hacerse un poco más fácil.

Y es en la adolescencia cuando las condiciones son ideales para el desarrollo de ese potencial.

¿Cuáles son los obstáculos?

Venimos genéticamente preparados para ese colosal esfuerzo que demanda el aprendizaje mencionado. Pero no hay tal motor para desarrollar el resto del potencial que la naturaleza nos dio.

Nadie **quiere** estudiar, todos quieren saber. Si nos diesen la posibilidad de elegir entre ir a la escuela o ir a jugar, las escuelas estarían vacías.

El adolescente sabe leer y escribir. Otro esfuerzo sostenido que nadie desprecia después de realizado. Pero ahí ya intervino la autoridad de los mayores. El adolescente comienza a adquirir algún poder, lo que le va dando cierta libertad de decisión. Reflexión, constancia y disciplina son virtudes tan posibles como convenientes.

El bebé quiere caminar y hablar. Está preparado para hacer el esfuerzo necesario para alcanzar esa meta. Pero el esfuerzo para aprender y entrenarse para todo lo que sería capaz de lucir frente a la sociedad, requiere de una fuerza de voluntad que entra rápidamente en conflicto con la comodidad de dormirse sobre los laureles y lo atractivo de los caminos fáciles que excitan y aturden.

Nadie garantiza que el esfuerzo realizado permita alcanzar las metas anheladas: lograr un lugar digno en la sociedad para sí y para una futura familia propia. El azar puede oponer abundantes obstáculos para concretar ese sueño merecido. Pero también puede ayudar y facilitar el camino. ¿Vale la pena arriesgarse? Eso recién se sabrá después de intentarlo. Es absurdo pretender garantías. Únicamente no se equivoca el que nada hace, dice el refrán. Y el camino del esfuerzo sostenido da más satisfacciones que la ruta de la excitación que aturde, o del dejarse estar, esperando que 'las ganas' lluevan del cielo.

Tampoco se trata de aislarse en una campana de cristal. Es necesario conocer el entorno y cómo funciona, lo que incluye a los otros semejantes y cómo se comunican, cómo funciona la sociedad, el caldo de cultivo que producimos y que nos produce.

Los seres humanos necesitamos un medio social adecuado para mantener la salud mental, aunque ninguno la garantice. Y la sociedad humana ha evolucionado, creando diversas culturas que demuestran tanto su enorme capacidad de adaptación como la infinidad de intentos para que la convivencia entre sus miembros sea posible.

La tecnología desarrollada, de la que todos desean disfrutar, no está al alcance de cualquiera. Todas las culturas plantean el mismo desafío: ¿serás capaz de hacer el esfuerzo adecuado y necesario para gozar de los beneficios que esta cultura ofrece? Llamémoslo lucha de clases o competencia narcisista, nadie quiere quedarse al margen; todos quieren obtener los primeros puestos. Pero no todos logran salir airoso de ese desafío.

Nadie elige el medio social en el que va a nacer, ni el momento histórico en el que le toca vivir. La locura de alguno de los miembros de una comunidad señala de alguna manera una patología social, que puede alcanzar a la comunidad en su conjunto.

Enrique Pichón-Riviere, eminente psiquiatra, elaboró un concepto interesante: el de adaptación activa. A través de él, quiso indicar el camino adecuado para que la vida de un sujeto se desarrolle. La adaptación activa a la realidad que a uno le tocó en suerte, implica intervenir activamente, de la mejor forma posible, en los cambios internos y externos que la vida le presenta. Es lo opuesto a un sometimiento pasivo ante los cambios que indefectiblemente se producen.

Ser adulto, y asumirse como tal, quizás signifique tener que tomar decisiones que incluyan el riesgo de equivocarse. Esto puede asustar, pero, como dice el refrán, valiente es aquel que, con mucho miedo, está en su puesto. Lo que se gana puede valer la pena.